

Reciclaje

Violeta Gómez La obra de esta artista multifacética, que se autodefine como 'neovictoriana' representa como ninguna otra el choque entre lo pueril y lo más vanguardista, en el sentido más difuso y extenso del término

El infatilismo transgresor por bandera creativa

ELOY FERNÁNDEZ PORTA

Ser niño en Catalunya es la gloria: tradición de literatura infantil, dibujos animados de los buenos, ferias y cuculòcums, didáctica salerosa: un país de monitoras, animadores y mimos. La utopía pedagógica de Rodari, realizada. ¿Y luego?

Ser adolescente en Catalunya es para pegarse un tiro: en catalán no hay fanzines, apenas hay underground, la Ordenanza de Civismo mató a la estrella del punk; del porno mejor no hablamos. En la cultura catalanohablante un *teenager* no hallará casi ninguno de los anti-modelos de comportamiento malos que corresponden a su turbulenta edad: no hay cantantes que destruyan habitaciones del Ritz, no hay ninfómanas subversivas, no hay ídolos efímeros muertos por sobredosis –y no, el que están pensando no cuenta–.

Todo lo cual nos obliga a corregir nuestro primer postulado: ser chinorris por estos lares es genial para quien aspire a ser biopolíticamente programado como *esplai girl* o como un Bon Jan sensato y sanote, con un sentido del decoro exacerbado, que se dejaría arrancar la piel a tiras antes que miccionar en la vía pública.

La cultura adolescente, pues, como eslabón perdido en la formación estética. Este déficit se pone de manifiesto en distintas expresiones creativas donde el mundo infantil aparece como un referente rector a la vez que como un elemento problemático, como si el artista se hubiera asignado la misión

de representar, por metáfora, el paso de la infancia a la adolescencia. Piénsese, por ejemplo, en ese *factor niño* que recorre un extenso sector de la música avanzada, desde los instrumentos de juguete de Comelade hasta la *música de vanguardia* de Don Simón y Telefunken, pasando por las nanas de Albert Pla, algunas letras de Antònia Font o el *show* de Els Amics de les Arts. Más allá de sus evidentes diferencias, todas estas propuestas coinciden en reelaborar el imaginario y la sonoridad infantiles desde una práctica más o menos experi-

Las obras de Violeta Gómez hacen pensar que, frente al joven rabioso, se impone la criatura perversa

mental. Todas se encuentran, en fin, en la encrucijada entre una cultura popular producida por medios técnicos (pop) y una cultura artesanal y de la tierra (folk). No hay pop adulto sin folk niño.

Pero hay un caso en que el choque entre lo pueril –en el sentido latino del término– y lo vanguardista –en el sentido extenso– se vuelve aún más patente: la obra de Violeta Gómez. Autodefinida como *neovictoriana*, esta artista multimedia intentó asaltar los cielos de Eurovisión 2008 con su tema *Sólo quiero soñar*, una canción perturbadora y naïf cuyo estribillo –“yo no quiero follar / sólo quiero soñar”– subvertía la gramática eurovisiva, tan infantil a su vez.

La canción forma parte de un acervo musical bilingüe cuyo motivo principal es la recreación de una Arcadia inocente: el mundo secreto y perfecto de las niñas modernas, observado desde una óptica que se presenta como *pura* desde el punto de vista autorial, pero no puede sino parecer *perversa* a ojos del espectador. Fiestas privadas sin los padres, niñas drogadictas, parajes de dibujos animados y el rumor de las alas de las hadas: todo ello, envuelto en ritmos candy y banda sonora de manga, casi parecería apto y aun recomendado para menores, de no ser por un factor distorsionante: la radical transposición de género que implica su puesta en escena.

“El travestismo no es una imitación secundaria que supone un género anterior y original, sino que la heterosexualidad hegemónica misma es un esfuerzo constante y repetido de imitar sus propias idealizaciones”. Esta idea de Judith Butler puede definir el personaje artístico creado por Violeta Gómez: un sujeto que conquista espacios genéricos y simbólicos que en principio le estaban vedados, y lo hace, en sus conciertos, con una presencia escénica que cuestiona a su vez la *escenificación social* de la identidad. Si las conformaciones de género tienden a ser percibidas como *naturales* –tanto más cuanto más artificiosas son–, Violeta Gómez hace suyo y elabora de manera estética el lugar donde la ilusión de naturalidad es más poderosa: el mundo onírico de las niñas.

De este modo, discos como *El cul de les fades* y series fotográficas como *Alicia en el País del Amor* nos hacen pensar en un Rodari reloaded y transgénero, donde el devenir/mujer de las niñas ha sido sustituido por el devenir/niña de un adulto.

En efecto, más allá de la lectura *gender* de su trabajo, se impone también una interpretación social: si tan bueno es el universo que cuentan las escuelas y el K33, quedémonos en él para siempre.

Si no pudimos ser adolescentes rabiosos, seamos crías perversas. Ser niño trans en Catalunya será, a partir de ahora, la gloria: la contracultura ha hecho suyos los instrumentos de la didáctica. |

Violeta Gómez –en ambas fotos– participó en el concurso para elegir la canción que representaría a España en Eurovisión 2008. Aquel tema rompedor se llamaba ‘Sólo quiero soñar’ y era tan perturbador como naïf

